

Edward J. Watts

República mortal

Cómo cayó Roma en la tiranía



Galaxia Gutenberg

EDWARD J. WATTS

República mortal

Cómo cayó Roma en la tiranía

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Mortal Republic. How Rome Fell into Tyranny*

Traducción del inglés: María Luisa Rodríguez Tapia

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2019

© Edward J. Watts, 2018
© de la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15974-2019
ISBN: 978-84-17971-11-3

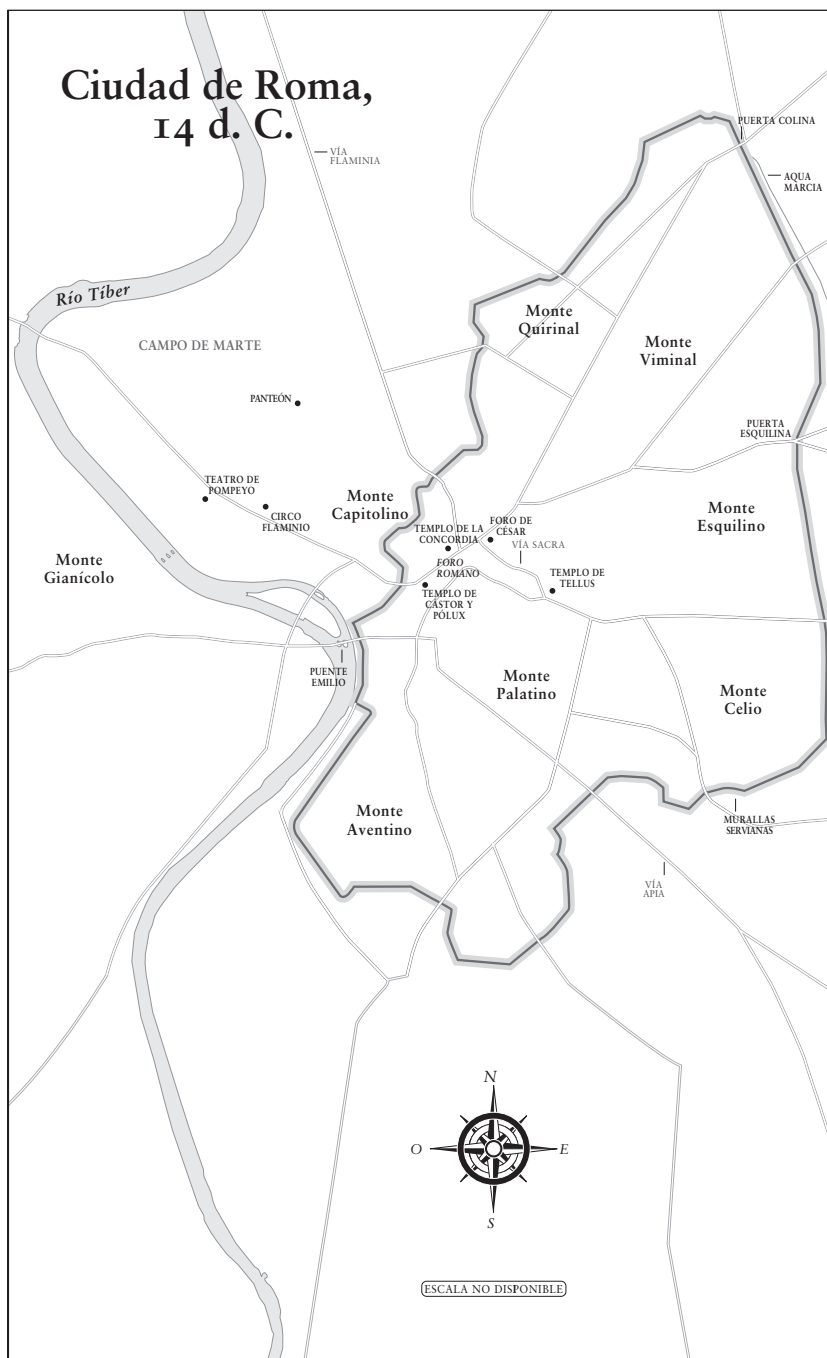
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Nate y Zoe

Índice

| | |
|------------------------------------------------------------|-----|
| Mapas | 10 |
| Prefacio | 15 |
| 1. Libertad autocrática | 19 |
| 2. El nuevo orden mundial | 27 |
| 3. Imperio y desigualdad | 55 |
| 4. La política de la frustración | 75 |
| 5. El ascenso del intruso | 101 |
| 6. La República se rompe | 121 |
| 7. Reconstrucción entre las ruinas | 145 |
| 8. La República de los mediocres | 165 |
| 9. Tambaleándose hacia la dictadura | 185 |
| 10. Nacimiento y muerte de la República de César | 209 |
| 11. La República de Octaviano | 229 |
| 12. La preferencia por la libertad de Augusto | 257 |
| Notas | 267 |
| Índice temático | 309 |

Ciudad de Roma, I4 d. C.



Italia durante la Roma republicana





Prefacio

Este libro nació de una serie de conversaciones con mis hijos y mis estudiantes sobre cómo la antigüedad nos puede ayudar a entender las realidades políticas, difíciles y a veces alarmantes, de nuestro mundo. Cada conversación comenzaba con una pregunta sobre si la historia se repite, una pregunta que se ha planteado cada vez más durante los últimos dos años, a medida que los periodistas y los historiadores acuden al pasado reciente para tratar de explicar un presente imprevisible. Ni el pasado es un oráculo ni los historiadores son profetas, pero eso no significa que sea un error acudir a la antigüedad para intentar comprender el presente. Las repúblicas que sufren hoy tantas tensiones no surgieron plenamente formadas, como Atenea de la cabeza de Zeus, en el siglo XVIII. Sus fundadores las construyeron siguiendo el modelo de otras prósperas repúblicas que las habían precedido. Roma era el ejemplo más antiguo y triunfante de república y marcó la pauta a muchos estados modernos. La República romana antigua, por supuesto, era muy diferente a un Estado moderno, pero su reparto de poder y sus procesos de decisión política influyeron profundamente en sus descendientes modernos. Los éxitos y los fracasos de la República romana pueden mostrar de qué forma podrían reaccionar las repúblicas construidas a partir de su modelo ante tensiones concretas. Y también revelan qué comportamientos políticos son especialmente corrosivos para la salud de una república a largo plazo. Espero que este libro permita a los lectores valorar mejor los graves problemas causados tanto por los políticos que infringen las normas de una república como por los ciudadanos que deciden no castigarlos.

Un libro como este no puede escribirse sin la ayuda, el sostén y las aportaciones de muchos estudiantes, amigos y colegas. En primer lugar quiero dar las gracias a los alumnos de Yale, la Universidad de Indiana y la Universidad de California en San Diego a los que he enseñado y de los que he aprendido durante las dos últimas décadas. Sus

preguntas y preocupaciones por la creciente disfunción política que se cierne sobre el mundo me empujaron a emprender este proyecto. Me he beneficiado enormemente de las conversaciones con miembros de la comunidad griega de San Diego sobre la relevancia del mundo clásico en situaciones contemporáneas. Estoy especialmente agradecido a Carol Vassiliadis, cuya ayuda en mis investigaciones en UCSD me animó a explorar con más detalle la historia del Estado romano que se convertiría después en Bizancio.

Seth Lerer, Kasey Pfaff, Ben Platt, Denise Demetriou, Karl Gerth, Eric Robinson, Michael Kulikowski, Lieve Van Hoof, Anthony Kaldellis, Gavin Kelly, Scott McGill, David Frankfurter, Peter Van Nuffelen, Johannes Hahn y Giovanni Alberto Cecconi son algunos de los numerosos amigos y colegas que han compartido conmigo sus ideas y sugerencias. Josiah Osgood fue una ayuda asombrosa en las primeras fases del proyecto; me transmitió sus ideas y me enseñó el borrador de su maravilloso libro *Rome and the Making of a World State*. Cristiana Sogno, una persona inteligente y erudita con quien contrastar ideas, fue una meticulosa editora que ofreció comentarios sobre muchos capítulos. Completé gran parte del manuscrito mientras investigaba en el Instituto Israelí de Estudios Avanzados, en la Universidad Hebrea de Jerusalén. No habría podido pedir unos colegas más inteligentes y amistosos. Gracias a Sarit Kattan Gribetz, Alfons Fürst, Maren Niehoff, Gretchen Reydams-Schils, Carlos Levy, Joshua Levinson, Ishay Rosen-Zvi, Al Baumgarten, David Lambert, Laura Nasrallah, Eve-Marie Becker y Avigail Manekin por crear un entorno tan magnífico en el que pensar y trabajar. Estoy especialmente agradecido a Sarit y Alfons por leer los borradores de varios capítulos y proponer mejoras para la introducción y la conclusión. También agradezco la minuciosa y perspicaz labor de edición que han llevado a cabo Brian Distelberg y Christina Palaia con este manuscrito y el trabajo que han hecho Lara Heimert y el resto del equipo editorial de Basic Books durante el proceso de producción del libro. Este es mucho mejor gracias al tiempo y las energías que le han dedicado todas estas personas.

Mi agradecimiento más intenso y profundo es para mi mujer, Manasi Watts, mis hijos, Nate y Zoe, mis padres, Dan y Karen Watts, y mis suegros, Brij y Sunanda Bhargava. Este libro no habría podido nacer y desde luego, no se habría terminado sin su generosidad, paciencia y tolerancia, sobre todo durante el tiempo que estuve en Jerusalén. La disposición de Brij y Sunanda a visitarme en Israel hizo

mucho más fácil mi estancia lejos de la familia. Nunca podré devolver a ninguno de ellos todo lo que me han regalado. Tanto Nate como Zoe tienen la extraordinaria capacidad de hacer unas preguntas difíciles y penetrantes que este libro no puede responder, pero que espero que sí les permita empezar a desentrañar por su cuenta. Manasi me ayudó enormemente en mi esfuerzo para contar la historia de la República romana de manera relevante para un público moderno y políticamente avezado. Su fortaleza, su valentía y su capacidad de resistencia continúan inspirándome y asombrándome. Con cada frase que escribo, oigo su voz que me dice que sea más eficiente y concreto. Aunque mis frases sigan siendo demasiado largas, espero que, a la hora de la verdad, este libro demuestre hasta qué punto he seguido sus consejos y su ejemplo.

Jerusalén

12 de diciembre de 2017

Libertad autocrática

En el 22 a. C., una serie de crisis políticas y económicas golpearon el régimen de Augusto, el primer emperador de Roma. Augusto había obtenido el control del Imperio de Roma en el Mediterráneo en el año 30 a. C., después de casi dos décadas de guerras civiles, pero parecía que su dominio estaba empezando a flaquear. El emperador acababa de recobrase de una grave enfermedad que había temido que terminase con su vida cuando la capital empezó a verse acosada por otras desgracias. Las plagas y las inundaciones asolaron Roma a finales del 23 y de nuevo a principios del 22 a. C. Estas catástrofes naturales contribuyeron a provocar la escasez de alimentos y unos disturbios tan violentos que una muchedumbre encerró a todo el Senado romano en su sede y amenazó con quemar vivos a los dignatarios. Augusto solo pudo calmar los ánimos cuando empleó su propio dinero para comprar cereal y ordenar que lo llevaran a la ciudad. Daba la impresión de que el Imperio de Augusto estaba a punto de venirse abajo.¹

Las cosas no mejoraron durante ese año. Augusto se sintió obligado a comparecer en el juicio de un comandante romano que había atacado a una tribu tracia sin autoridad legal y en la vista se encontró, él, el propio emperador, sometido a un agresivo interrogatorio de los abogados del acusado. Se descubrió un plan para asesinarle y, aunque ejecutaron a los conspiradores, el jurado le humilló al no emitir un veredicto unánime contra ellos.²

Los problemas empeoraron cuando Augusto se fue de la capital para resolver unos asuntos en las provincias orientales del Imperio. Al año siguiente, 21 a. C., hubo disturbios por la selección de los magistrados romanos, una violencia que volvería a estallar casi cada año hasta que el emperador regresó, a finales del 19 a. C. Roma, cuya población de un millón de habitantes la hacía la ciudad más grande del mundo, estaba permanentemente al borde de la anarquía, y sus fronteras imperiales requerían atención constante. Un observador

objetivo habría podido preguntarse si un solo hombre, incluso uno tan dotado como Augusto, podía gobernar verdaderamente un Estado tan complicado. Con sus problemas aparentemente interminables, el Imperio romano bajo el mandato de Augusto podría muy bien parecer un experimento fallido de autocracia. Seguramente, como el ciudadano de una república moderna podría asumir, los romanos se apresurarían a abandonar la autocracia y volver a la república representativa en la que las clases dirigentes romanas habían compartido el poder durante casi quinientos años. Así es como nosotros, que hemos vivido siempre en democracias representativas más jóvenes, hemos aprendido a concebir la libertad.³

Sin embargo, las traumáticas situaciones de esos años no empujaron a los romanos a volver a las estructuras políticas de la república que ya conocían. Por el contrario, da la impresión de que casi todos anhelaron todavía más el poder y la autoridad de Augusto. En el 22 a. C., la multitud que amenazaba con incendiar el Senado también quiso obligar a Augusto a aceptar el título de dictador, a pesar de que ya tenía poderes supremos sobre todo el imperio. El historiador romano del siglo III Dion Casio escribió que la violencia electoral del 21 a. C. demostró «claramente que era imposible mantener un gobierno democrático» entre los romanos. Y, sobre la vuelta de Augusto a la ciudad en el 19 a. C., el mismo autor escribió: «No había similitud entre la conducta de la gente durante su ausencia —entonces había peleas— y cuando él estaba presente». La mera presencia de Augusto calmaba el caos de Roma y su Imperio. Pero Dion añadió una salvedad. Augusto aplacaba a los romanos solo «porque tenían miedo». El orden venía al caos solo cuando la libertad se cambiaba por el miedo.

El propio Augusto explicaba la transición de la república al imperio de forma muy diferente. Aunque los romanos habían sostenido durante mucho tiempo que el dominio político de un individuo era lo opuesto a la libertad, Augusto planteó su control autocrático del Estado romano como una especie de acto democrático. De acuerdo con su teoría, había devuelto la libertad (*libertas*) a Roma, primero, al liberar al mundo romano de los senadores que se habían adueñado del poder tras asesinar a Julio César, y después, al eliminar el peligro del control extranjero que constituían Cleopatra y su amante Marco Antonio.⁴ La libertad, pensaban Augusto y sus partidarios, significaba la ausencia de agitación en el interior e injerencias del exterior, cosa que solo era posible lograr con la seguridad y la estabilidad política que él propor-

cionaba.⁵ La libertad de Augusto hizo que los derechos de propiedad de Roma conservaran su validez. Abrió oportunidades económicas para nuevos segmentos de la población romana. Y arrebató el control de la ciudad y su imperio a una élite senatorial cada vez más corrupta, cuya mala gestión había llevado a la guerra civil. En la década del 20 a. C., muchos romanos estaban de acuerdo con Augusto en que la libertad era imposible si persistía la inseguridad. Acabaron por creer que liberarse de la opresión solo era posible con un gobierno controlado por un solo hombre.

Este libro explica por qué Roma, una de las repúblicas más longevas de la historia del mundo, cambió la libertad de la autonomía política por la seguridad de la autocracia. Está escrito en un momento en el que los lectores modernos necesitan ser especialmente conscientes de la naturaleza de las repúblicas y las consecuencias de su fracaso. Vivimos en una época de crisis políticas, en la que se ciernen amenazas sobre las estructuras de repúblicas tan distintas como Estados Unidos, Venezuela, Francia y Turquía. Muchas de ellas son descendientes constitucionales de Roma y, como tales, han heredado tanto las enormes fortalezas estructurales que permitieron que la República romana prosperara durante tanto tiempo como varias de las debilidades estructurales que, al final, contribuyeron a su desaparición. Esto es especialmente visible en Estados Unidos, un país cuya estructura constitucional fundamental se inspiró deliberadamente en la visión idealizada de la República romana presentada por Policio, el escritor del siglo II a. C. Esta copia consciente del modelo de Roma hace que sea crucial para nosotros entender cómo funcionaba la república, qué consiguió y por qué, después de casi cinco siglos, sus ciudadanos acabaron desechándola y prefirieron la autocracia de Augusto.⁶

Ninguna república es eterna. Solo perdura mientras la desean sus ciudadanos. Y ya sea en el siglo XXI d. C. o en el siglo I a. C., cuando una república no cumple las expectativas, sus ciudadanos pueden escoger la estabilidad de un gobierno autocrático por encima del caos de una república rota. Cuando la libertad lleva al desorden y la autocracia promete un gobierno funcional y receptivo, hasta los ciudadanos de una república asentada pueden estar dispuestos a olvidarse de las viejas objeciones éticas a que el poder esté en manos de un solo hombre y aceptar sus ventajas prácticas. Roma ofrece una lección

que puede ser útil sobre cómo los ciudadanos y los líderes de una república pueden evitar que la gente se vea obligada a tomar una decisión tan atormentada.

Roma demuestra que la función esencial y más importante de una república es crear un espacio público que se rija por leyes, fomente los acuerdos, reparta la responsabilidad de gobierno entre un grupo de representantes y recompense el buen liderazgo. En una república así, la política no debe ser un juego de suma cero. El político que gana una batalla política puede recibir honores, pero el que pierde no debe ser castigado. La República romana no empujaba a sus dirigentes a ir en busca de una victoria política total y absoluta. Su propósito no era obligar a un bando a aceptar todo lo que quisiera el otro. Por el contrario, ofrecía herramientas que –como el filibusterismo parlamentario moderno– servían para mantener con vida el proceso de negociación política hasta llegar a un acuerdo que fuera aceptable para las dos partes. Este proceso funcionó muy bien en Roma durante siglos, pero solo porque la mayoría de los políticos aceptaban las leyes y normas de la República. Se comprometían a resolver sus disputas en el terreno político establecido por la república, y no mediante la violencia en la calle. En este aspecto, la Roma republicana tuvo más éxito quizá que ningún otro Estado antes o después.

Si los siglos iniciales e intermedios de la República en Roma muestran lo eficaz que podía ser este sistema, el último pone de relieve los inmensos peligros derivados de que unos dirigentes cínicos hagan mal uso de esos mecanismos de construcción de consensos para obstaculizar las funciones de una república. Los romanos, como los políticos en las repúblicas modernas, podían utilizar el veto para impedir votaciones sobre leyes, alegar la presencia de condiciones religiosas desfavorables para anular votaciones que no fueran de su agrado y recurrir a otros instrumentos parlamentarios para retrasar o interrumpir el proceso político si parecía avanzar demasiado deprisa hacia un resultado que no les gustaba. Estas herramientas, utilizadas como era debido, ayudaban a facilitar las negociaciones y los acuerdos políticos porque evitaban que las mayorías impusieran sus soluciones a las minorías. Sin embargo, en Roma, igual que en nuestro mundo, los políticos podían utilizarlas para impedir que la República hiciera lo que necesitaban sus ciudadanos. La generalización del uso indebido de estas herramientas fue uno de los primeros síntomas de enfermedad en la República de Roma.⁷

Otras amenazas mucho más serias contra las repúblicas aparecen cuando las discusiones entre los políticos desbordan los entornos controlados de las asambleas representativas y degeneran en enfrentamientos violentos entre la gente de la calle. Los romanos evitaron la violencia política durante tres siglos, hasta que una serie de asesinatos políticos sacudió la República en las décadas de 120 y 130 a. C. Cuando la violencia de masas infectó la política romana, las instituciones de la República perdieron rápidamente su capacidad de controlar los contextos y el contenido de las disputas políticas. Una generación después del primer asesinato, los políticos romanos empezaron a armar a sus partidarios y a amenazar con el uso de la violencia para influir en las votaciones de las asambleas y las elecciones de magistrados. Dos generaciones después, Roma se sumió en una guerra civil. Y dos generaciones después, Augusto gobernaba como emperador. Cuando la República perdió la capacidad de regular las recompensas otorgadas a los vencedores y los castigos infligidos a los perdedores de los conflictos políticos, la política romana se convirtió en un juego de suma cero en el que el vencedor obtenía recompensas excesivas y los perdedores, a menudo, pagaban con sus vidas.

Por encima de todo, la República romana enseña a los ciudadanos de sus herederas modernas los increíbles peligros de consentir la obstrucción política y coquetear con la violencia. La historia de Roma demuestra con enorme claridad que, cuando los ciudadanos miran hacia otro lado para no ver que sus dirigentes están practicando esos comportamientos corrosivos, su república está en peligro de muerte. La disfunción política impune impide el consenso y fomenta la violencia. En Roma, acabó por empujar a los ciudadanos a cambiar su República por la seguridad de una autocracia. Así muere una república.

Este libro comienza en torno al 280 a. C., poco después de que la historia escrita de Roma empezara a ser más objetiva y menos fantástica. Los primeros capítulos muestran que, en los momentos de crisis que se produjeron durante todo el siglo III a. C., la República demostró una notable capacidad de adaptación y resistencia. Los instrumentos de construcción de consensos que tenía garantizaron su supervivencia después de que el general cartaginés Aníbal invadiera Italia en 218 y su solidez durante la increíble expansión territorial y económica que siguió a la derrota de Aníbal en 202. La República siguió funcionando bien durante el desarrollo de Roma hasta ser la mayor potencia militar y política del mundo mediterráneo, en la primera mitad del siglo II a. C.

Durante esos años, a diferencia de casi todas las demás sociedades de la antigüedad, Roma fue capaz de absorber territorios inmensos y generar un gran crecimiento económico sin perder su estabilidad política.

Al llegar a la década de 130 a. C., sin embargo, la inquietud popular por el aumento de las desigualdades económicas empezó a amenazar la estabilidad de la República. Cuando los políticos que trabajaban en el marco institucional no lograron alcanzar acuerdos sobre cómo resolver las preocupaciones de sus ciudadanos, algunos de sus rivales aprovecharon de forma oportunista su falta de acción para impulsar políticas radicales y emplear métodos que traspasaban los límites del comportamiento político aceptable. La búsqueda de consensos que había dado tanta estabilidad a la República de Roma en los siglos anteriores fue sustituida por una actitud de todo para el ganador en las disputas políticas. Entre 137 y 133 a. C., los senadores rechazaron un tratado para castigar a unos rivales concretos, un grupo de políticos impidió unas reformas agrarias destinadas a remediar las desigualdades sociales y económicas y sus adversarios recurrieron a triquiñuelas constitucionales para sortear su bloqueo. Luego, hacia el final del año 133 a. C., Roma presenció sus primeros actos de violencia política letal en más de tres siglos.

Los capítulos sucesivos muestran que la violencia política que tanto escándalo causó en la década de 130 a. C. se volvió cada vez más rutinaria a medida que avanzaba el siglo II a. C. Sin embargo, la violencia de masas de esos años no fue más que el preludio de las destructivas guerras civiles que desgarraron la sociedad romana y la sociedad itálica a finales de los noventa y la mayor parte de los ochenta a. C. La Guerra Social y las guerras civiles posteriores causaron decenas de miles de muertes, ejecuciones y propiedades confiscadas. Las estructuras republicanas que habían sido tan sólidas y resistentes se derrumbaron en medio de tanta violencia y disfunción. Aunque la República se restauró antes de que comenzara la década del 70 a. C., nunca se recobró por completo.⁸

Los capítulos finales abordan las últimas décadas de la República romana. La República siguió siendo fuente de orgullo y contó con una gran confianza de la población durante las décadas del 60, el 50 e incluso el 40 a. C., pero el daño infligido en las primeras décadas del siglo I nunca se repararía del todo. La guerra civil, la violencia política generalizada y sus repercusiones económicas y políticas a largo plazo

pasaron a formar parte de la experiencia histórica de Roma y, cuando comenzaron las últimas guerras de la República, en la década del 40 a. C., todos esos traumas volvieron rápidamente a atormentar la vida política.

Este violento mundo político fue el que Augusto acabó controlando, pero no era eso para lo que nació la República de Roma. De hecho, se concibió expresamente para impedir la aparición de una figura como Augusto y limitar la violencia política que hacía posible a alguien como él. Es con esta República romana vibrante, capacitada y eficiente con la que vamos a comenzar.